

MELCHOR OCAMPO.

1814-1861.

I

A fines de Marzo de todos los años del principio del siglo, venía de la hacienda de Pateo á la metrópoli virreinal la señora Francisca Tapia. Una caterva de payos y majas que andaban á la ventura las calles todo el santo día apenas pisaban la ciudad, fijándose en todo, abriendo tamaña boca por cualquier cosa, arriándose en desorden á la puerta de las tiendas para ver y hablando fuerte de pura sorpresa, indicaba á la gente del gran mundo que la opulenta ranchera de la provincia de Michoacán había llegado á pasar la Semana Santa. Todo lo que traía era grande: gran avío, gran servidumbre, gran lujo y por sobre todo esto saltaba su gran caridad sin límites ni excusas. Así, ranchera de la doctrina de Maravatío, tenía seductora conversación que salpicaba de citas históricas y literarias. Había leído de cuerito á cuerito á Calderón y ante su inteligencia era preciso ir á tientas para no tropezar con su causticidad. La buena señora, que siempre causaba ruido á su llegada, venía allá por Marzo y se iba después de Corpus.

En la revolución de Independencia tuvo relaciones demasiado estrechas de lo cariñosas con D. Ignacio Alas, que vagaba por las montañas y cuevas de Michoacán escapando de la tropa realista que lo perseguía por sedicioso. De vez en cuando se le perdía de vista: abandonaba su vida de hurón entre la espesura de Cópore y descendía caminando largo á Pateo para estar al seguro abrigo de la propietaria.

La señora, en una de tantas idas y venidas, luego de pasada la Semana Santa en 1816, se llevó consigo á un niño, nacido el 6 de Enero de 1814, cuyo cuerpecito parecía consumirlo desapiadadamente el clima húmedo de México. Se lo llevaba para tenerlo muy cerca, para resguardarlo de las tempranas amenazas de la muerte con el amor maternal que le profesaba. El niño creció en Pateo bajo la perseverante y tierna vigilancia de la señora Tapia, que se desvivía por él, tal era lo entrañable de su afecto. En la hacienda se refugiaban ciegos,

paralíticos, ancianos y huérfanos, y se creían bien amparados de la miseria con el pan de cada día que les daba la propietaria.

Cuando el niño supo hablar y fué grandecito, se lo mandó al sacristán mayor de la parroquia de Maravatío, el señor José Ignacio Imitola, que á juicio de los vecinos alumbraba con su ciencia y era un santo de carne y hueso por sus virtudes. A un paso de Pateo, á la vista de la que hacía veces de madre, el niño no extrañó la ausencia. El sacristán puso manos á la obra desempeñando tan á maravilla su tarea de instrucción y por tan fácil camino, que al aprendiente le entraba luego todo al entendimiento. Cierta día el maestro se presentó á doña Francisca Tapia llevándole al pequeño educando.

—Señora, aquí tiene usted á su niño; no le puedo enseñar más: todo lo que sé, lo sabe ya.

—Padre, disponga usted de él.

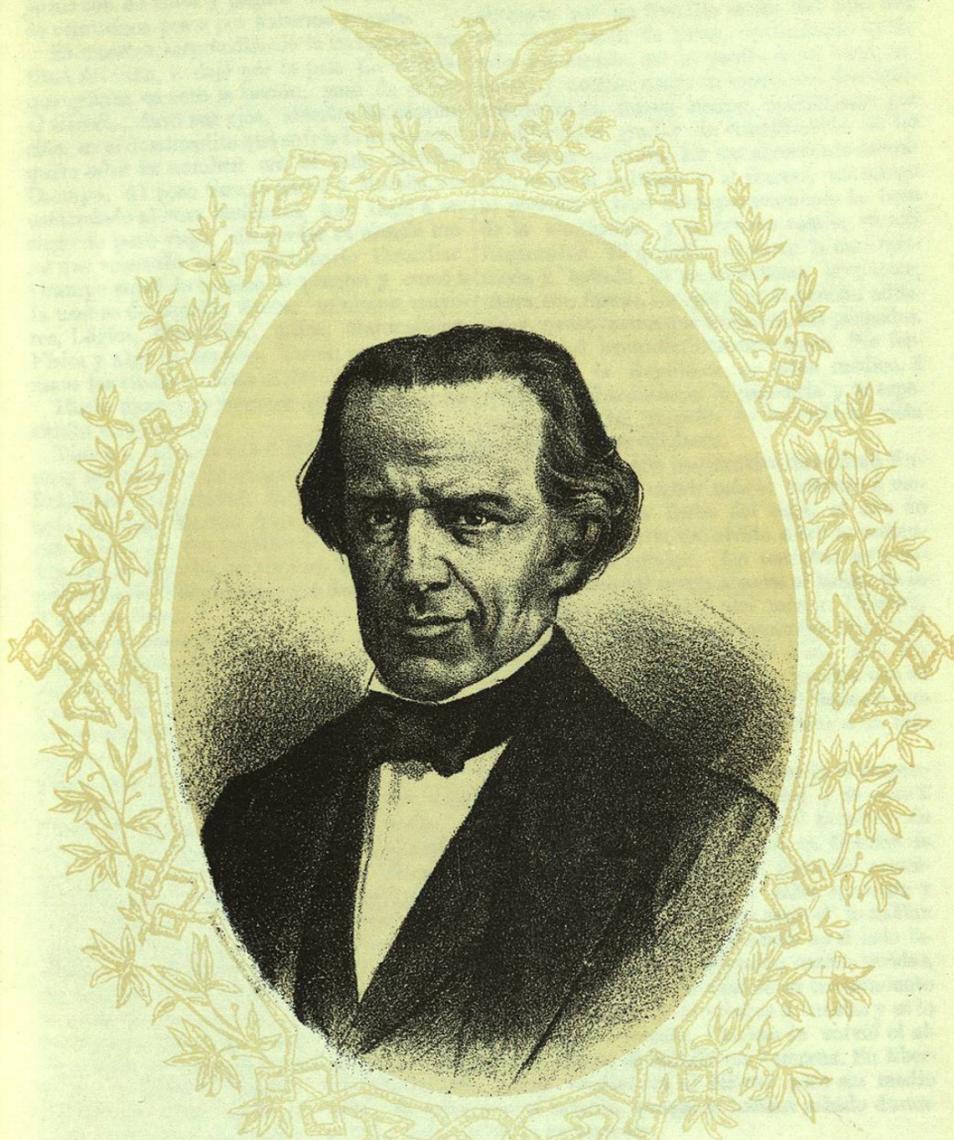
—Pues á mi lado no puede aprender más. Tiene mucha inteligencia, mucho talento, todo lo abarca, todo lo aprende.

—En sus manos lo pongo. Usted sabe lo que hace.

D. José Ignacio Imitola tuvo á bien que viniese á México el niño, para que perfeccionara su educación primaria. Vino á dar en la casa del Lic. Ignacio Alas, Balbañera 7, y estuvo sujeto á la férula de un maestro de escuela á la antigua que tenía su establecimiento en la calle de la Aduana Vieja. Entonces estaban en todo su reinado despótico la palmeta, las orejas de burro y el chicote, que detrás de la puerta, pendiente del cerrojo, no aguardaba largo tiempo su turno para vestir de cardenal á los alumnos.

Llegó día en que el señor maestro azotó al niño. No había terminado el castigo, cuando fuera de sí de ira se le encaró al verdugo y le dijo con tono enérgico:

—Usted no tiene derecho de servirse de mí como de un criado..... además, la Constitución de 1824 prohíbe severamente á los maestros que maltraten á los niños. Paso á que



Melchor Ocampo

jarme con mi tutor y pagará usted una multa de veinticinco pesos por haberme pegado.

El maestro, sorprendido de la inesperada actitud del niño, lo dejó por la paz. La escuela, que gritaba en coro la lección, pasó de súbito al silencio, clavó sus ojos, abiertos de admiración, en el desalmadito que sufría la azotaina y quiso saber su nombre: era el niño Melchor Ocampo. Al poco tiempo partió á Morelia, recomendado al cura Meléndez, que llegó á ser ciego de puro viejo, sin perder su ciencia moral que enseñaba en el Seminario Conciliar. Ocampo entró de interno al plantel y cursó á la usanza de aquella época: mínimos, mayores, Lógica, Metafísica, Ética, Matemáticas, Física y algo de derecho. Total: seis años durante los cuales el latín se llevó la mejor parte.

Hasta dicen que cuentan que llegó á ser bachiller en Filosofía.

Vino por segunda vez á México para continuar sus estudios de abogacía en la Nacional y Pontificia Universidad. Allí estuvieron atados codo con codo Manuel Alas y él. En vacaciones se iban los dos juntitos á visitar al cura Uranga en Morelia, al tío José María Alas, un padrecito de Tlalpujahua, y á doña Francisca Tapia en Pateo.

Hizo su pasantía en el bufete del Lic. Espinosa Vidarte, Ministro de Justicia en la Administración de Bustamante. Sustentó brillantemente su noche triste el año 1831; pero rehusó adquirir el título de la carrera del foro, porque su carácter magnífico pugnaba con la pícara manera de ejercer la profesión.

Justamente ese mismo año falleció doña Francisca Tapia, la bienhechora, su madre de veras por el amor que le profesaba y el cuidado que tenía porque se cimentara su educación. El fué el único heredero de los cuantiosos bienes de fortuna. A los 17 años de edad, casi hecho un hombre, quedaba bajo la tutela, por ser el albacea, del Lic. Ignacio Alas, un perfecto liberal, honrado y severo, que infundía respeto con su mirada y su palabra. Ocampo dió rienda suelta á su indomable pasión por el estudio. No quería vivir más que para la Física, la Química y la Historia Natural. Llevada su inteligencia por otras esferas del saber, hizo muy suya la sal ática de Sterne, las ideas políticas de Quinet, la filosofía de Voltaire y las intransigencias de Proudhon.

Su favorita fué la Botánica entre las ciencias á que se consagraba. Descubrió y clasificó nuevas plantas. Tenía ese *visu* que distingue al naturalista de vocación y ese prodigioso poder de retentividad de los miles de nombres latinos endemoniados y rebeldes al recuerdo.

Llegó á estudiar con igual empeño la Química. Cierta vez en el laboratorio donde ado-

raba la ciencia de Lavoisier ardía una bujía abrigada por un hornillo arriba del cual una retorta de cuello de garza, conteniendo quién sabe qué mezcla, no se perdía de su vista, inquieta y ansiosa como en espera del descubrimiento de un nuevo cuerpo, investigado por los diferentes grados de volatilización de los líquidos en mixtura. En esa absorbente indecisión entre el hallazgo y el fracaso, un amigo se presenta y tapa intempestivamente la boca de la alargadera, y la retorta estalla en mil fragmentos. El químico, al sentir la cara quemada y bañada de las sustancias hirvientes, cierra con fuerza los ojos y se le quedan adheridos, punto menos que soldados, los párpados. Se le creyó irremediamente ciego. Por fortuna para la República, un sabio médico, á quien no abandonaron la paciencia y la esperanza, tuvo tal empeño de vorverle la vista que salió airoso del deseo.

Hay explicación justificativa de su ida á Europa que quiere cubrir más el misterio á medida que aleja la fecha del viaje, el año de 1840, y cae el polvo del olvido sobre la memoria del grande hombre. La narraban *sotto voce* los íntimos del severo albacea al hablar de la inesperada desaparición del menor. Primero, después de algunos días de ausencia, llegó á la casa paterna el joven Manuel Alas, que iba siempre con Ocampo como la sombra con el cuerpo. Refirió muy formal á D. Ignacio que unos enmascarados habían plagiado á su hermano.

Al viejo le cayó encima el peso de la responsabilidad y de su deber de tutor, y se puso á indagar hasta el aburrimiento el paradero de Ocampo. Supo todo el misterio en Octubre de ese año que recibió carta de París del secuestrado. Allá estaba bueno y sano, contento y muy pobre. Unos "hombres negros" lo habían sorprendido, le clavaron puñales en el lado izquierdo del pecho, le causaron cuatro heridas, y aprovechando la pérdida de su conocimiento por el desangre se lo echaron á cuestras y se lo llevaron por veredas. Cuando le volvió el alma al cuerpo se hallaba en Veracruz. Su libertad la recobró en el Havre; pero sin medio en el bolsillo, porque lo habían robado durante la navegación.

Si Ocampo fué plagiado, ¿por qué Manuel Alas lo había acompañado á Veracruz? ¿cómo pudo proporcionarle algunos fondos un su amigo que casualmente se encontraba en el puerto?

Es bonito el cuento de hacer una víctima por equivocación y luego pretender ocultar el crimen, permitiéndole una compañía de alguien de su familia en el tránsito, y el hablar en poblado con un amigo, que goza de entera libertad, para que le proporcionara recursos.

Es inexplicable que no diga absolutamente nada del secuestro á su tutor, habiendo sido la única causa determinante de su arribo á París, sino pasados más de cinco meses después de escribirle mucho sobre sus impresiones.

La otra versión que podemos llamar de casa del albacea, es que á Ocampo, entregado al estudio con mucha perseverancia, le aguijoneaba su sueño dorado, el cual era partir á Europa, y tropezando con la inquebrantable severidad del tutor, que no le permitiría el largo paseo por sus cortos años, su inexperiencia y lo lejos del lugar y lo peligroso del camino, el joven fraguó el ingenioso plan, inventando la causa de las circunstancias favorables de la situación, para satisfacer su buen propósito: viajar, conocer, ilustrarse.

El caso fué que don Ignacio tuvo seria la cara con él durante algún tiempo. Eso de haberse largado así no más, sin decir por aquí, no era para menos, y en aquella dichosa edad! En pleno París la miseria lo castigó, sujetándole á prueba días enteros sin pan, sin casa y quizás sin esperanza, que es lo peor para quien espera mucho de su talento, de su moralidad y de sus deseos de trabajar.

Escribe de seguida á don Ignacio y le dice en el encabezamiento de las cartas: "Mi muy amado señor de todo mi respeto." Piensa en todo y rara vez en su pobreza. Las misivas vienen pletóricas de enseñanzas. Habla razonablemente de la vida de París: describe el servicio de *omnibus* y lo cautiva; va á Bicetre y lo presenta de relieve; visita al padre Mora y lo juzga "parcial como un reformista" y "un apóstol demasiado ardiente para creerlo desinteresado en sus doctrinas;" habla del invento del electrotipo y del corte de los "nervios por debajo del cutis para curar toda parálisis ó toda deformidad que dependa solamente de la contracción de los nervios, extendiendo y alargando los miembros como un rollo de cera de Campeche;" refiere la consagración de un Arzobispo que lo divierte mucho; da estrecha cuenta del librito *El País y el Gobierno* del abate Lamennais, acabado de publicar, que irrisoriamente denomina *parusfeto* en recuerdo de Gómez Pedraza, y pone al autor en parangón con el P. Alpuche por su insolencia y grosería, pero dándole más talento.

Le viene un acceso de patriotismo al saber que "van á troquelar una medalla que conserve la memoria del triunfo de Ulúa." Y prorrumpe, fecha 8 de Noviembre de 1840: "¡Sin vergüenza! Haber hecho una descarga de muchas balas y pocas horas contra unas paredes viejas que tenían apenas un puño de valientes, debiera ruborizarlos antes que darles gana de eternizar en un monumento. Pero la pos-

teridad es siempre justa: su juicio nos vendrá."

No pierde las sesiones de la Academia de Ciencias.

Está poseído de ansia inmensa de escribir. Llena el pliego de la carta que envía y prosigue con letra menudita por los márgenes, revelando sus sorpresas. A cada instante repara en la escasez de papel y advierte: "sin entrar en pormenores, porque ya el papel se acaba," "sería lástima dejar todo este papel blanco." Le da tal tentación porque no se le queda de nada en el tintero, que le llega á decir al severo de don Ignacio: "Dispense usted el tono de libertad que he adquirido en este largo *post scriptum*."

No sacia su ambición de ver, de andar, de referirlo todo. Sacrifica el sueño y tortura su estómago. El 10 de Enero de 1841 le dice de Roma á su muy amado señor: "Llegué aquí el día mismo de Noche Buena; ni aun me acosté por asistir á una misa en San Luis de los Franceses, que comenzó á las diez de la noche, y otra en Santa María la Mayor, comenzada á las dos de la mañana y concluida á las seis." Y renglones más abajo: "La víspera y el día de mi santo he estado en la Capilla Sixtina." En otra carta, ya de vuelta á París, el 30 de Marzo del mismo año, se lee, después de haber dicho que ha terminado su viaje por toda la Italia y gran parte del Sur de Francia y de Ginebra: "Es verdad que á veces mi estómago ha pagado el gasto, por no decir que casi siempre, pues ha sido preciso *ayunar* para ver todo esto; pero le aseguro que por lo que he visto vale bien la pena de *comer por algunos días sólo pan y manzanas*. . . . convendrá en que, una vez en Italia y con mis ideas, más fácil era consentir en un *suicidio* que en resistir la *tentación de ver*"

Hizo á pie el viaje por Italia y Suiza. Lo hace maliciar al escribir á su tutor: "En el centro de Italia viajar á pie no debe presentar ningún inconveniente, según creo, y dará la ventaja de verlo todo bien de cerca"

Pinta á Roma, y cuenta que su policía es inferior á la pésima policía del México de aquel tiempo y que en los Estados Pontificios hay más ladrones que en Río Frío y las Cruces. Le llama la atención la miseria que agobia á la capital del orbe católico. "La muchedumbre de mendigos es asombrosa: piden limosna el Papa, los cardenales, los obispos, los clérigos, los frailes, los magistrados, los empleados, los ciudadanos, los rancheros Y el número de mendigos descarados (pues los otros se disfrazan con su mendicidad) es tal, que en la *Escuela Santa*, iglesia donde se venera *lo* *escudado*? la escalera de la casa de Pilatos, hay fijido

un bando que prohíbe, bajo la pena de destierro de Roma y pérdida de lo colectado, pedir en diez varas á la redonda del templo, y lo que es más chistoso, previene á los fieles que *dar allí no es bueno*."

Al contemplar las tierras que producen los vinos del Jura y de Borgoña, le renace su "antiguo proyecto de hacer una buena plantación de viña en Pateo y resuelve en París á un tal Guard, inteligente jardinero, á que venga á México. Luégo manifiesta á don Ignacio: "Yo no diré que he hecho grandes adelantos en mi arte; pero sí, que he procurado fijarme todo lo que en él he visto y meditar detenidamente las aplicaciones posibles de ello. El sistema de agricultura es aquí tan diferente, que no puede plantearse entre nosotros ninguno de sus ramos, tal como se ven establecidos aquí. . . . cuente vd. con que si vivimos diez años, vd. verá á Pateo con un valor cuádruplo y con un aspecto enteramente europeo, en cuanto á la perfección y multiplicidad de los cultivos. Estoy impaciente por ensayarme."

Trabaja incesantemente para subsistir. Un mes el librero Lasserre le paga veinticuatro pesos. En la casa de Rosa y Salvá no halla de qué manera pasar la vida. Hay días en que está "más que á dieta." Su estrechez llega á tanto, que á punto estuvo de ser sirviente de un ruso que iba á Italia ó de un español que proyectaba establecerse en Harlan; pero no perdió su libertad por treinta francos mensuales y la comida que le ofreció el primero y por el carácter altanero del otro. Le advertía á don Ignacio: "Convencido de que una independencia honrada es el goce más satisfactorio de la vida, pensé en no buscar más protector que mi trabajo ni más recomendación que una conducta sin tacha." Y esto á pesar de que su "necesidad era grande, pues hasta su camisa la publicaba." Con todo, no quería venir á México, para cuidar de sus intereses: "consentiría mejor en perderlo todo y mantenerme de *chifonero* que volver." Tenía que triunfar aun de sí mismo: "este abandono, esta pereza española á escribir una obra: *Viaje de un mexicano á París*, la cual llama en la intimidad *Borradores del viaje de un mexicano á París*, dedicada á don Ignacio, que será anónima para no atraerse la atención. La pone en manos de Lasserre, quien, después de muchas vueltas infructuosas, le sale con que tiene tantas ocupaciones que no podrá imprimirla sino pasado el invierno de 1840.

El 22 de Octubre le noticia á su tutor: "Ocupome ahora de la definición de más de mil voces que he reunido de las que usamos en México y no son castellanas. Tengo ya traba-

jadas la A y la B, no toda; estudiadas las etimologías y las de muchas palabras mexicanas y casi asegurada la publicación por el Sr. Salvá, que habiendo prometido en la última edición que hizo del Diccionario de la Academia Española publicar en la inmediata un suplemento por las voces de América, no tiene quien le dé las de México, y me pagará mi trabajo." Se intitularía: "*Suplemento al Diccionario de la Lengua Castellana por las voces que se usan en la República de México*." Y manifestaba: "como le doy día y noche, no acabará el invierno sin que lo vea cumplido." "Si al fin no puedo publicar lo que yo llamo *Borradores de mi viaje*, allá se los mando á vd., porque como los veo con ojos de padre, he dado en creer que contienen algunos datos curiosos." "Son las tres de la tarde (11 de Noviembre de 1840); estoy junto á mi ventana y sin embargo escribo á la luz de la vela."

No pierde el tiempo: cursa la cátedra de Agricultura práctica en el Jardín de Plantas; asiste á la de Trigonometría, Agrimensura y "formación de mapas;" le da su nombramiento de Agregado á la Legación al Sr. Garro; va, como á un espectáculo, á las iglesias de los diversos cultos y, al ver lo raro del ritual, hace supremos esfuerzos para no estallar de risa; traba amistad con el sabio Brogniart, director del Museo de Historia Natural, á quien regala "algunas frioleras," recibiendo en cambio semillas de plantas raras, y presenta á la Academia de Ciencias una teoría ingeniosa sobre construcción de puentes que por la forma de la arquería pueden resistir todo golpe de agua por continuo, abundante y fuerte que sea.

Un día corre la voz por el valle de Maravatío de que don Melchor Ocampo había regresado de Europa. Aparecía su hermosa figura, en medio del misterio de la partida y la ausencia de dos años, radiante de virtud, como que su fortuna estuvo por desaparecer á causa de su pródiga caridad para con todo el mundo. ¿Había sido plagiado? Nó: se había ido por su propia voluntad, después de haber meditado el viaje. La prueba no puede ser más concluyente. Es una carta, verdadera confesión de arrepentimiento para obtener el perdón de don Ignacio, á quien llamaba con ternura "mi padre, mi guía, mi protector y mi amigo," prometiéndole: "Si vd. se muere, muera seguro de que seré cuando más no pueda, el fiel criado de sus hijos."

La carta, fechada en París el 24 de Octubre de 1840, dice: ". y lo primero de que me ocurre hablar es de mi vergüenza y mi arrepentimiento, no de haberme venido, sino del modo con que lo hice. La resolución de venir, por disparatada que sea ó parezca, no me vino

sino después de largas reflexiones; pero la pena que he causado á vd. por mi torpeza en efectuarla así, es lo que me avergüenza y mortifica.

"Aunque la natural sagacidad de vd., avivada por su cariño hacía mí, no le hubiera hecho conocer tan acertada y oportunamente la calidad de los sucesos, yo no insistiría en hacer *verosímil mi mal forjado cuento*, sin que me faltan por tanto datos de pequeños incidentes con que pudiera apoyar su verosimilitud, pretender su posibilidad y asegurar su realización." . . .

Luégo habla del mal estado de sus intereses, de sus apuros y prosigue: ". . . y el único medio que mi acalorada razón encontró, fué venirme. Esta idea, que me ocurrió en los últimos días de Enero, me fijó, porque me presentaba, al par que las ventajas de remediar mi posición, los medios de satisfacer este deseo tanto tiempo há formado, y que no debía realizar, si consultaba la prudencia ordinaria de la vida. No fué, pues, el solo deseo de aprender, como vd. supone benignamente, lo que me movió. . . Una vez lejos de mi patria—me decía yo—puedo pasarme en el rango á que mis desaciertos me obligan á tomar aquí, adquirir el hábito del trabajo que nunca he tenido arraigado, y que la falsa prosperidad de los últimos años me ha hecho perder, y dar lugar á que las economías de la hacienda en un tiempo largo, sean capaces de balancear mis despilfarros. Conseguido esto, volveré á mi país, le será útil con lo que haya aprendido; la solidez que mis principios adquirirán en la infalible escuela de la desgracia, me hará guardar una conducta honrada que me concilie mis acreedores, me forme buenos amigos y haga olvidar mis antiguas faltas; presentado de nuevo en mi antiguo teatro como un hombre que ha sufrido, nadie interpretará mal la mudanza que me propongo en mi carácter."

". . . Una melancolía profunda, un aire abatido y una continua distracción, alarmaron á mis conocidos, y aun hubo pocos que no llegaran á preguntarme la causa. No dormía, no comía, me enfadaba la sociedad, y la convicción de que había faltado á muchos deberes como heredero, como deudor y como corresponsal, me perseguía, como al asesino la sombra de su víctima. No hay, señor, peor tormento que el desprecio fundado de sí mismo."

". . . Hacer un testamento, era otro artículo que yo juzgaba indispensable por si la Providencia disponía de mis días. . ."

"Restábame procurarme los medios de verificar el viaje, y aunque no tenía tlaco, la bolsa de Balbuena, la de Esteves y mis vecinos antiguos los Retanas, que me abonaron de un

pico atrasado, me proporcionaron cerca de trescientos, único capital con que me aventuré. Pero esto apenas bastaba para llegar, dirá vd.; así era y así lo sabía yo; mas mi resolución de venirme no era para darme una buena vida, sino para hacer una especie de penitencia provechosa; y creí que cuando hay una verdadera voluntad de trabajar, no puede morirse de hambre quien la tiene, y que llegando á París hallaría luégo en qué ocuparme."

". . . así, le diré solamente que en la agonia de aquellos momentos (hacer saber su partida á Blas Villanueva, encargado de Pateo y á don Ignacio), pues con justicia puedo llamar así todo mi viaje, especialmente hasta Veracruz, no encontré otro medio que la *ridícula carta*. . .

"La conveniencia de persuadir de que mi *venida* era *forzada es demasiado sensible*.

"Yo no prevenía toda la pena que mi *venida* había de causar á vd. . ."

"Cuando salí de Querétaro, mis medidas estaban tan bien tomadas, que vd. no hubiera sabido mi *desaparecimiento* sino al mismo tiempo que mi embarque, por las cartas que me proponía escribir, explicando, si no cómo, á lo menos en dónde estaba yo. Pero cuando me ví en esa ciudad, ya no pude resistir la violenta tentación que se apoderó de mí para ver á vd. otra vez y tomar en mi interior una despedida que no puedo saber cuánto debe durar. . ."

"Llegado á Veracruz, me dirigí en efecto al Sr. Trigueros, como única persona que podía procurarme mi pase, y le conté no sé qué para explicar por qué no lo traía de la Capital. Tuve que comprar camisas, zapatos y algunos otros artículos para la travesía, lo que, gracias á los subidísimos precios del puerto, disminuyó bastante mis fondos; *armé una riña en la posada*, por el excesivo precio que me cobraban, á pesar de que, previéndolo, había tomado en el entresuelo una cama en el *cuarto de los cocheros*; y pagué ciento ochenta pesos por mi pasaje en la primera cámara, pues no habiendo pasajeros para la segunda, no quisieron por mí solo establecer el servicio y fórmulas de ella. Como mi *curación* no podía ser tan violenta, todavía en el buque *hice una de las mias*. Perdimos en la segunda tempestad un marinero que el mar arrebató de la proa, y no pudo salvarse y entonces promoví una subscripción para su familia (era hijo único de una viuda con hijas chicas), abriéndola con ocho pesos y tuve el gusto de que le produjera instantáneamente más de ciento, y en mí la convicción de que la beneficencia no consiste en *dar*, sino en *saber dar*. Pero por grande que ha sido la falta que me han hecho esos cuarenta francos,

nunca me he arrepentido de haberlos gastado y si me arrepiento y mucho, de diecisiete pesos que en último resultado vine á perder en varios juegos de cartas á que contra mis ideas ayudé en la travesía. En toda ella tuve la fortuna no sólo de no desmentir el carácter de humildad y sencillez que tomé desde el principio para que no se extrañara mi pobreza, sino también atraerme á pesar de ella el cariño de toda la tripulación y pasajeros; no habiéndome tenido con ninguno discusión ni desavenencia que no faltaron por tanto entre los otros, de manera que llegué á ser término medio de todas las diferencias."

El 19 de Junio había visitado Blcetre y dominado por las impresiones, le escribía á su tutor el día 20 del mismo mes, de 1840: ". . . he venido encantado de los adelantos europeos, envidioso de verlos en mi patria y muy contento al mirar tan aliviada nuestra pobre especie."

A poco de la vuelta del querido y sabio hacendado de Europa, llegó á Pateo una remesa de libros. Ahí en su retiro, especie de refugio de los necesitados, pasaba para distraer su grande espíritu del trabajo intelectual al del agricultor y su genio del bien comenzó á derramar sus bondades infinitas.

II.

Su primer paso á la vida pública es el haber ido á Veracruz para presentarse de voluntario el año 1838, cuando la *guerra de los pasteles* al avistarse la escuadra francesa ante Ulúa; pero tiene noticias de los tratados de paz y regresa á Pateo, donde había dejado en completo abandono sus intereses por la defensa de la patria.

En 1842 sale electo representante al Congreso General que convocó el Gobierno de Santa-Anna en respeto de la 4.^a base de Tacubaya. Su fin era muy elevado: el organizar políticamente la República. Algunos diputados no admitían la Constitución de 24, otros ni una que otra novación de ella que parecían ser para llenar las fórmulas del momento. Ocampo, á la cabeza de un grupo liberal, quería que se expidiera una carta fundamental enteramente distinta, á la altura de las ideas modernas, en armonía con la verdadera forma de gobierno representativo popular.

Predicaba la libertad de cultos y la enseñanza laica, tales como más tarde, andando el tiempo y madurando las ideas, se formularon en la Constitución de 57.

Al caer Santa-Anna en 1844, ocupa la presidencia el señor Pedraza, distinguido y honorable ciudadano, y ruega á don Melchor Ocam-

po que se fuera á encargar del Gobierno de Michoacán, en el cual Estado tenía prestigio y partidarios. Se negó por una sencilla razón que daba con la mayor ingenuidad, imposible de comprenderla hoy:

—No puedo aceptar, porque no conozco el mecanismo de la Administración.

En efecto, el futuro sabio político no entendía más que de ciencias físicas y naturales y de agricultura. Pedraza insistió, indicándole la necesidad de su presencia en el Estado; entonces Ocampo aceptó, viendo antes con sus propios ojos cómo despachaba el Presidente de la República los acuerdos en junta de Ministros y enterarse perfectamente bien del mecanismo y funcionamiento de las oficinas del Gobierno.

En seguida manifestó al señor Pedraza:

—Ahora ya conozco el oficio.

Y partió á Michoacán para encargarse del Poder Ejecutivo del Estado.

Arregló la hacienda pública, hizo economías, pagó con puntualidad á los empleados, abrió caminos, planteó escuelas, mejoró la guardia nacional.

Honda impresión le causaron las cárceles. Al visitar la de Morelia hubo presos que se le arrodillaron, implorando libertad y perdón, pues hacía treinta años que llevaban de existencia tras de las rejas y no se les había revisado su causa y á muchos ni aun tomado declaración del crimen que cometieran y por el cual estaban allí.

Ocampo manifestó á las personas que lo acompañaban en la visita:

—Si alguno de estos seres infelices hubiese matado á su madre, el más espantoso de todos los crímenes, estaba compurgada su falta con treinta años de cárcel, de desnudez, de aislamiento y de miseria. ¿Cómo reparar la terrible injusticia que el Estado ha cometido con tantos de estos infelices? Pongamos término á tantos horrores.

Y señaló un día para darles la libertad.

Todos habían sufrido hambre, sed, frío y sus cuerpos habían servido de pasto de las alimañas. El sustento que les daba el Ayuntamiento, no era suficiente y se socorrían mutuamente de lo que les llevaban sus familias.

Haciendo reflexiones sobre los presidios, tales como se encontraban, decía el señor Ocampo: "La gente mala no mejora su condición en la cárcel, porque viviendo en el ocio y en mala compañía, exasperada por el injusto trato que se le da, tiene necesariamente que empeorarse; pues que á semejanza de las manzanas pútridas, al contacto de unos y otros, tiene que venir la fermentación de las pasiones y la *putrefacción moral*. Aquel que no quiera delinquir, se corregirá evitándose los horrores de